

## LOS EFECTOS TRAUMATICOS DE LA REPRESION EN LOS NIÑOS

Por la Comisión de Salud Mental  
Comité de Solidaridad con el  
Pueblo Argentino

Pareciera que los niños olvidan rápidamente. Podrá uno inclinarse a pensar que las experiencias penosas vividas no tienen ya lugar en ellos. Sin embargo, estos niños de los cuales hablamos han pasado en la Argentina por situaciones represivas como las siguientes: haber quedado en total abandono de sus padres secuestrados o detenidos, haber sido secuestrados o detenidos ellos mismos, haber sido dejados por las "fuerzas de seguridad" en asilos, con nombres falsos a fin de no poder ser ubicados por sus familiares. Algunos, han presenciado personalmente tortura o muerte de sus padres, o han sido amenazados de muerte en presencia de ellos como forma de forzar las declaraciones de los mismos. La mayoría ha vivido cambios permanentes de domicilio, períodos en casa de familiares o amigos de sus padres, con o sin ellos.

Todos, entences, han vivido en diferentes formas y grados la amenaza de muerte y desamparo. Sea que la muerte fuera vista o escuchada, destinada a sus padres o recayera sobre sí como efecto fantasmático de la separación brusca o violenta. Cada uno de estos niños se ha encontrado así, frente a una ausencia real o posible de sus padres, de naturaleza radicalmente distintas a aquellas que cualquier niño protagoniza en su vida cotidiana. Estas últimas no sólo pueden considerarse inevitables sino que son constitutivas de su ser psicológico.

Los acontecimientos, tal como han sido descriptos, fueron sufridos por muchos niños que se encuentran ahora en México. Ellos son el testimonio de que disponemos, en tanto constituye la memoria infantil de esta historia de represión que vive la Argentina. De ahí que nuestros esfuerzos estén encaminados a comprender los efectos psicológicos u orgánicos que la represión produce, a fin de llamar la atención mundial sobre los niños, que viviendo en la Argentina, aun sufren.

La pregunta que como trabajadores de la salud mental, ligados a esta experiencia por nuestra historia y por nuestra práctica actual, se nos plantea es en qué forma estos niños procesan o recuerdan estas experiencias en su mundo infantil, y cuáles son las consecuencias posibles de las mismas a fin de implementar una labor preventiva.

Nadie dudaría en llamar traumáticos a estos episodios en tanto son brutales e inesperados. Se alude de este modo a la violencia que un hecho tiene y a la pasividad a la que queda reducido el sujeto que la sufre. Es algo que viene de afuera, una agresión exterior frente a la cual el sujeto carece de recursos para hacerle frente, perdiendo toda posibilidad de gobernarla.

Al tratarse de niños nadie va a negar lo horroroso de sus experiencias. Lo que ocurre es que cuando se acepta esto se tiene en cuenta el carácter de indefensión que tiene la infancia y la necesidad de ser resguardada por los adultos, que pasan por esta razón a ser seres que todo lo pueden en tanto hacen lo que él no puede. Esto es lo que se revive en una situación de agresión externa.

La acción traumática no es una simple perturbación de la economía libidinal, sino que viene a amenzar más radicalmente la integridad del sujeto. Su yo se halla indefenso, ya no por las representaciones, fantasías o afectos que lo acosan sino, fundamentalmente por estar expuesto a una situación de peligro que emerge de la realidad. Esto retrotrae el yo a los momentos iniciales de su vida.

En el ser humano la vida intrauterina es <sup>diferente</sup> ~~distinta~~ en comparación con la mayoría de los animales: se halla más incompleto cuando viene al mundo. Por ello la influencia del mundo exterior es más intensa y se produce una diferenciación precoz del yo. En la cría humana aumenta la importancia de los peligros del mundo exterior y se incrementa el valor de la persona capaz de proteger <sup>contra estos</sup> ~~estos~~ peligros. Este factor biológico genera las primeras situaciones de peligro y crea necesidad del ser amado que ya nunca <sup>lo</sup> abandonará. El hombre se constituye en relación a otro y en esto reside la cualidad psicológica del ser humano. "Con la experiencia de que un objeto exterior, aprehensible por medio de la percepción, puede poner término a la situación peligrosa... que recuerda la del nacimiento... generada por la necesidad insatisfecha, se desplaza el contenido del peligro desde la situación biológica a su condición: o sea a la pérdida del objeto. El peligro es ahora la ausencia de la madre". (1)

(1) Inhibición, Síntoma y Angustia S. Freud

Gabriela tiene actualmente 5 años, vive con sus padres y concurre al kinder. Cuando tenía 10 meses sus padres son detenidos por la policía. Durante la noche la niña queda sola en la casa hasta que su llanto llama la atención de vecinos que se hacen cargo de ella. Es cuidada por distintas personas hasta que, cuatro meses después, es reencontrada por su tía. La niña es entregada a su madre en la cárcel. Absolutamente fijada en su desarrollo al momento de separación de su madre, la niña de 14 meses es en su aspecto físico y en su conducta un bebé de 10. Devuelta al cuidado de su madre, aún en las precarias condiciones de la vida carcelaria, el tiempo parece comenzar a correr nuevamente, en su crecimiento. En un mes completa y comienza su dentición, camina y dice las primeras palabras. Tres meses después, la permanencia de la niña en la cárcel se torna imposible (falta de higiene; de alimentos; ausencia de los recreos al aire libre; presión de las autoridades para separar a los niños de sus madres). Nuevamente es entregada al cuidado de parientes, <sup>finalmente</sup> se reúne con sus padres en un país extranjero a los tres años. Su lenguaje se reduce al adquirido hasta el momento de la segunda separación. Nuevamente el reencuentro parece determinar un desarrollo acelerado en los aspectos detenidos, alcanzando en poco tiempo el vocabulario correspondiente a su edad. Actualmente persiste un síntoma: la falta de control esfinteriano. Gabriela pone en evidencia que la situación de indefensión del niño hace necesaria la presencia de otro significativo, no solo para su supervivencia biológica, sino para su desarrollo subjetivo. Gabriela parece haber detenido su tiempo en el momento mismo en que la violencia la separa, sin explicación posible y sin previsión de retorno, de sus padres.

Se plantea un interrogante mas general sobre el papel de la ausencia en la evolución del niño, que vuelve a traer la afirmación inicial de <sup>que</sup> las ausencias sufridas por estos niños son radicalmente distintas en sus características, inscripción y efectos de las cotidianas.

La ausencia de la madre es una realidad para el niño desde que nace. Ni aún la madre "más abnegada" puede estar siempre "ahí" en el momento exacto de su reclamo. Esta realidad ineludible es motivo de elaboraciones que son un paso importante en su desarrollo. Se abre un espacio entre el niño y su objeto que es el espacio de la fantasía y de la palabra.

Una expresión de esto son los juegos que surgen a partir de la segunda mitad del primer año. Juegos de aparición y desaparición de objetos ~~del~~ del propio cuerpo. Se trata de juegos cuya estructura completa tiene como eje la presencia y la ausencia. El niño, por ello, puede tolerar sin sentir la partida de la madre, en tanto que la recrea en la palabra o el gesto que la señala. Tiene la ilusión de dominar ~~en~~ aquel hecho, del cual es en realidad, sujeto pasivo. Podrá decirse que la vida se teje sobre una ausencia, y es esta ausencia la que abre el espacio de la palabra, haciendo surgir los primeros procesos de socialización. Si bien toda ausencia puede considerarse en algún sentido como una situación de peligro que remite a la muerte, en estas ausencias comunes hay un soporte básico de seguridad. La madre "sabe" que va a volver, el niño confía en el retorno de la madre y puede jugar alrededor de la secuencia de su estar o no-estar.

En los casos de los que hablamos, como el <sup>que</sup> ejemplifica Gabriela, este soporte de seguridad no existe. Los padres no pueden asegurar el retorno, enfrentados con la posibilidad concreta e inmediata de la muerte. En el contexto de las particularidades de cada relación madre-hijo la realidad ha irrumpido violentamente, marcando un corte en la misma que designa a un agente externo arbitrario como aquel de quien depende la posibilidad de reencuentro, que se transforma por eso mismo en el dueño de la vida. Si ~~la~~ la madre el niño le atribuía la capacidad omnipotente de la protección, la omnipotencia de este agente externo lo desampara. Esta intervención violenta fragmenta en mil pedazos la ilusión del dominio obtenida por el niño hasta ese momento, situación fantaseada que le permitía sobreponerse a las ausencias e introducir el lugar de la palabra.

Es por eso que Gabriela se detiene en su crecimiento. Solo puede ser aquella que fue cuando su madre estaba. Cristaliza el tiempo y con ello expresa la espera. Testimonia así, en su ~~ab~~intontía, una realidad de la cual no puede dar cuenta. Se podrá decir que "habla sin saberlo" de lo ocurrido. La experiencia queda inscripta en ella. Careciendo de lenguaje, los síntomas constituyen todo su discurso.

Es necesario recordar que, en el momento de la represión, Gabriela tenía 10 meses.

La observación de niños que han sufrido estas situaciones, parece indicar que hay diferencias en sus manifestaciones sintomáticas. Algunas diferencias pueden atribuirse a las distintas características familiares y ~~de~~ la historia personal (previa y posterior) de cada uno. Pero

hay una cierta homogeneidad según la edad en que sucedieron los hechos. En bebés y niños pequeños parecen predominar los síntomas de tipo orgánico, se podría decir que el conflicto se expresa en el cuerpo o por el cuerpo. En niños más grandes aparecen intentos de explicación o síntomas estructurados a nivel "psíquico" (por ejemplo fobias).

Francisco y Luis tienen 8 y 2 años respectivamente cuando se les comunica la muerte de un tío. Ha sido acribillado por un grupo paramilitar a la salida de su trabajo. A los niños no se les aclaran las condiciones en que la muerte ocurrió. El menor no parece haber tenido mayormente en cuenta el hecho. Sin embargo a los 15 días presenta una alopecia <sup>(caída del cabello)</sup>. Se muestra apagado, especialmente inactivo. La consulta con un dermatólogo descarta toda intervención de un factor orgánico. Francisco se muestra intranquilo y acosa a sus padres con preguntas. Quiere saber que pasó. Se hace oír cuando le advierte a la madre que su familia se desintegra. El recuerda que su tía después de una larga detención, salió opionada del país tiempo atrás, y que otros de los miembros de la familia han sufrido amenazas, siendo sus casas finalmente quemadas.

En Francisco las preguntas o reflexiones dirigidas al adulto le sirven para un intento activo de reconstruir su historia. En Luis es el síntoma el que se encarga de hablar lo que su lenguaje no le permite.

Cuando se habla de un síntoma se alude a que hay algo que no puede ser explicado y sobre lo que se intenta hablar o se llama la atención. Hay una reconstrucción fantaseada de lo ocurrido que requiere una traducción.

Así como los síntomas varían de acuerdo a la edad y características de los niños, también la intensidad de los mismos parece variar según el grado de represión sufrida. Francisco y Luis constituyen un ejemplo de represión vivida indirectamente. Pese a lo ocurrido, han permanecido al lado de sus padres, la estructura familiar ha podido mantenerse, y con ellos se ha conservado un continente. Cuando la represión recae directamente sobre el niño y sus padres, los efectos son devastadores. Es el caso de Gabriela, es el caso de Víctor.

Víctor tiene dos años y medio cuando su madre muere. Es detenida y cuatro días después las fuerzas armadas notifican a la familia su muerte "por intento de fuga". Trasciende que murió en la mesa de torturas.



no puede separarse de ella. Presenta insomnio, sólo puede dormir si está acompañado y su sueño es intranquilo, sufriendo pesadillas de contenido altamente persecutorio en las que se repite la situación traumática. Se niega a salir a la calle y a jugar con otros niños. En sus juegos solitarios se reitera la temática de la muerte. No logra organizar una actividad normal. Se niega a concurrir al kinder. Paralizado en la repetición del momento de pánico, el mundo exterior se torna hostil. Racionaliza al querer justificar estas inhibiciones, como si las mismas dependieran enteramente de los factores actuales. La situación penosa no parece ser recordada activamente por él. Pero retorna e insiste en hacerse reconocer en estos hechos.

Se decía al principio que pareciera que los niños olvidan. La experiencia muestra que no hay olvido posible. Donde no hay recuerdo el síntoma se encarga de abrirle camino. La represión ha marcado a estos niños, ha dejado una huella, sea que ésta se manifieste en un síntoma orgánico, una inhibición, o, en el mejor de los casos a través de recuerdos con los que el niño intentará explicar lo ocurrido.

No se pueden extraer del hecho traumático aislado derivaciones patológicas unívocas. El desarrollo posterior de estos niños va a depender, no sólo de la experiencia represiva, sino de su historia previa y de los acontecimientos posteriores. Los síntomas que aparecen como efectos directos de la situación traumática, ceden en su intensidad con el transcurso del tiempo cuando ha mediado una intervención exitosa por parte de los padres o algún sustituto. Es el caso de Gabriela y Víctor. En los casos en que estos síntomas se mantienen y/o aparecen otros, se pueden pensar en una cronificación en la que hay que entender a una estructura más compleja.

La intervención psicoprofiláctica con estos niños debe introducirlos en la participación que tuvieron en un hecho real cuyo sentido ~~se les escapa o permanece oculto~~ susceptible de ser comprendido por el otro al mismo tiempo que por él. se les escapa o permanece oculto. Se trata de facilitar la emergencia de palabras verdaderas, que verbalizando la situación dolorosa que el niño vive, le otorguen a ésta un sentido susceptible de ser comprendido por el otro al mismo tiempo que por él.

\*\*\*\*\*